

VI

No bien recibió Víctor las cartas de doña Catalina y de Luis, en las cuales le rogaban se pudiese inmediatamente en camino para presenciar el enlace de éste con Adoración, se apresuró á cumplir los deseos de su madre y de su amigo, ó más bien, de su hermano, pues como á tal le amaba desde la época en que la generosidad del joven doctor y de su padre le habían abierto una carrera y un porvenir.

La simpatía que unía á los dos jóvenes era profunda y grave como sus caracteres.

Víctor, aunque contaba dos ó tres años menos que Luis, era como él meditabundo, reflexivo y cariñoso; el amor que desde su más tierna edad había profesado á Evangelina, amor sin esperanza y sin consuelo, había madurado su carácter prematuramente y le había impreso un sello de melancolía que nada podía disipar.

Abandonó, pues, la capital de Francia con el propósito de regresar á ella tan pronto como se efectuase el enlace de su hermana, porque Madrid le inspiraba un horror profundo; mirábalo como la tumba de Evangelina y sólo el amor de su familia y su deseo de presenciar la dicha de sus hermanos podían haberle decidido á volver á él.

La amorosa impaciencia de Luis le había hecho que se preparase todo para que la boda pudiera realizarse no bien llegase Víctor.

Dos días antes del en que se le esperaba, se publicó la última amonestación, y dos horas después de entrar en Madrid debían dirigirse á la iglesia para celebrar la tan suspirada ceremonia.

A las siete de la noche llegó por fin la diligencia, y al poner el pie en el estribo se encontró Víctor en los brazos de doña Catalina, de don Anselmo, de Adoración y de Luis.

Venía el joven pálido y enflaquecido; la tristeza de su mirada y la vaguedad de su sonrisa vendían el hondo pesar que minaba su alma.

Encamináronse todos á casa de doña Catalina, que se apoyó en el brazo de don Anselmo, tomando Adoración el de su hermano.

—¡Dios mío!, Víctor, ¿que tienes?—exclamó la joven clavando una angustiada mirada en el semblante de éste.—¡Oh! Temo que la vista de mamá se fije en tu rostro y descubra en él el estrago que ha hecho la tristeza; afortunadamente la oscuridad no la ha permitido verle todavía, pero en casa...

—Tampoco tu fisonomía revela una salud á prueba, hermana mía—contestó Víctor sonriendo melancólicamente y examinando las bellas facciones de Adoración, pálidas, en efecto, desde su última enfermedad.

—Será aprensión tuya... balbuceó Adoración.

—No, no es aprensión—replicó Víctor—¿dime que te pasa, qué sientes hermana mía?

—Lo mismo que tú, exclamó Luis en voz baja.

—¿Luego sabéis?...

—¡Todo!

Un largo silencio sucedió á estas palabras. Nadie volvió á hablar hasta llegar á casa.

No bien entraron en ella, Víctor se encerró en su cuarto para cambiar de traje, y Adoración entró en su tocador con su madre para vestirse también.

Poco tardaron ambas en volver á la sala, donde esperaba el boticario y su hijo; el riguroso luto que vestía toda la familia había excluído hasta el más ligero adorno del traje de la desposada; llevaba, sin embargo, un elegante vestido de raso negro, y sus magníficos cabellos estaban medio cubiertos por una riquísima mantilla de terciopelo guarnecida de blondas, que había sido uno de los regalos de boda de don Anselmo.

El traje de luto de doña Catalina era también de mucho valor.

Luis vestía igualmente de luto riguroso; aunque todos los dolores de Adoración le pertenecían, aunque como ella sentía la pérdida de Evangelina, no había podido participar hasta entonces de las señales exteriores.

Un instante después salió Víctor de su cuarto precedido de Camelia, que saltaba alegremente; el traje negro del artista hacía resaltar la estrema palidez de sus facciones, y sus ojos, enrojecidos, decían claro que habían derramado amargo llanto; ofreció el brazo á su madre, y la pobre señora, al fijar en él sus ojos, tuvo que hacer un esfuerzo violento para contener un grito de angustia. No obstante, demasiado generosa para alterar la alegría de su hija, se contuvo y tomó silenciosamente el brazo de Víctor.

Adoración se apoyó en el de don Anselmo; Luis pasó á su lado y se dirigieron á la iglesia.

Camelia se adelantó, saltando como de costumbre; en vano trató Francisca de detenerla; la alegre perrita se lanzó á la calle y no hubo más remedio que dejarla ir, aunque con grave sentimiento de todos.

VII

Después de algunas horas de terribles padecimientos, dió á luz la viuda del guarda Antonio una hermosa niña; el generoso doctor permaneció á la cabecera de su cama todo el tiempo que duró el peligro, y la pobre Evangelina halló fuerzas en su heroísmo para atender á la enferma en su crítico estado con la más esmerada y tierna solicitud.

El doctor la contemplaba asombrado; persuadido de que aquella desventurada criatura estaba al borde del sepulcro, no podía convencerse de ello, sin embargo, al verla moverse con tanta actividad.

El buen señor, aunque notó que Evangelina tenía cortados los cabellos, no sabía el sublime sacrificio que la había despojado de ellos; cuando fué á buscarle llevaba la cabeza cubierta con la mantilla, y al verla rehusar con tanta entereza el dinero que la había ofrecido creyó que contaba con algunos medios para vivir y que se había engañado al creerla sumida en la mayor miseria.

Hubo, empero, un instante en que, calmados un tanto los dolores de Lucía, fijó ésta sus ojos con reconocimiento en el semblante de la condesa, que la sostenía; la mirada de la viuda se posó en la cabeza de Evangelina, y una viva sorpresa se pintó en sus facciones; alteradas por el sufrimiento.

—¿Qué ha hecho usted de sus hermosos cabellos, señorita?—exclamó asombrada.

La condesa bajó la cabeza, y un subido carmín coloreó su dulce fisonomía.

Al notar su confusión surgió un rayo de luz en la mente del médico, que acudió con la mayor naturalidad á sostener á Lucía.

Aprovechando Evangelina esta favorable oca-

sión de ocultar su turbación, salió de la alcoba presurosa sin decir una palabra.

—¿Tenía usted dinero en casa esta mañana?—preguntó el médico á la joven.

—Ni un cuarto, señor—contestó ésta tristemente;—y ahora que pienso... ¡Ay, Dios mío! ¿De dónde habrá sacado la señorita para esa bebida que me da y para el caldo excelente que me ha preparado?

—¡Oh, santa criatura!—exclamó el doctor elevando al cielo sus manos juntas y sus ojos arrasados de llanto.

—¿Qué dice, señor?

—¡Que ha vendido sus cabellos para socorrer á usted!

Un grito penetrante se escapó de los labios de Lucía, que rompió á llorar con su noble corazón, agobiado por el exceso de su gratitud.

—Calle usted—dijo el doctor—nada la diga, porque la haría ruborizarse de su heroísmo.

En aquel momento apareció Evangelina. Lucía calló, pero tomando una de sus blancas manos, abrasada por la calentura, la cubrió de besos y de lágrimas.

La fisonomía de la condesa estaba enteramente demudada; brillaban sus grandes ojos con un fulgor sombrío, mientras que su palidez se hacía cada vez más intensa.

El mismo doctor fué á la cocina y volvió con

una taza de caldo que hizo tomar á Evangelina.

Pocos instantes después, y precipitado el parto, sin duda, por la fuerte emoción que Lucía había sentido, dió ésta á luz á su hija; el médico recomendó quietud y reposo, y salió para volver dentro de cuatro horas.

Entonces la condesa corrió á tomar el cesto que contenía la costura de Lucía, y sentándose junto á la ventana se puso á coser con actividad para concluir las camisas, llevarlas y cobrar su importe.

Cerca del anochecer era cuando acabó su obra con la cabeza abrasada y el pecho oprimido por un dolor voraz.

Lucía dormía con la niña en sus brazos, y los dos niños, acostados á los pies del lecho de su madre, dormían también profundamente.

Evangelina esperó con impaciencia á que el médico volviese, y no bien llegó, pretextó un quehacer indispensable y corrió á entregar la costura.

Mas apenas había andado la mitad de su camino sintió sus pies clavados en el suelo, inundóse su rostro de un helado sudor y cayó desmayada en las gradas de una iglesia.

En medio de su desvanecimiento aun pudo oír un ladrido dulce y triste, seguido de un grito penetrante y de algunas exclamaciones de loca alegría.

.....

 Cuando volvió en sí Evangelina, se encontró acostada en un cómodo y mullido lecho. Su tía, inclinada sobre su cabeza, lloraba amargamente; Adoración tenía cogidas sus manos y sollozaba también; junto á ella estaba Luis, y á los pies del lecho pudo columbrar la moribunda condesa la austera figura de su primo Víctor.

Camelia, sentada en medio de la estancia, repetía el triste gemido que Evangelina oyó al rendirla su desmayo.

Al verla abrir los ojos, Luis separó con suavidad á su esposa; tomó la mano de la condesa y puso alternativamente la otra en la frente y en su pecho.

Pero ¡ay! este examen hizo palidecer densamente al joven doctor.

Al observar el trastorno del semblante de Luis se acercó á él su padre, que se había dejado caer abatido en un sillón.

—¡Padre mío!—exclamó el joven.—¡Padre, que venga sin perder un instante un confesor!...

Víctor lanzó un grito ronco y llevó su mano al corazón, mientras el anciano salía presuroso del dormitorio. Doña Catalina y su hija se estrecharon contra el lecho, del cual se separaron todos bien pronto para dejar paso á un venerable

sacerdote, que entró precedido de don Anselmo.

La condesa hizo contrita su confesión, y la de una santa en la agonía no podía ser más pura.

El sacerdote abandonó la estancia con los ojos llenos de lágrimas.

—Tía mía... — dijo entonces Evangelina — ¿quiere usted llevarme á su casa de la aldea... para que pueda morir... donde... tan feliz he sido?...

Doña Catalina consultó á Luis con una mirada ansiosa.

—Aun podrá llegar á Aybar, madre mía—observó en voz baja el doctor.

—Mañana partiremos, hija amada—dijo la señora de Sandoval, abrazando tan estrechamente á Evangelina como si hubiera querido transmitirla toda su vida.

CONCLUSIÓN

Víctor y Lucía.

Una buena acción nunca
es perdida.
(PROVERBIO POPULAR.)

Un mes después exhaló la condesa viuda de San Telmo el último suspiro en el seno de su familia y reclinada en los brazos de Adoración. Su rostro quedó tan hermoso, que parecía que Evangelina estaba dormida en el sillón que fué su lecho postrero.

Evangelina quiso morir en el saloncito de labor, donde tantas veces había jugado al volante con Adoración, y donde ambas trabajaban en compañía de doña Catalina y de Víctor.

Sus últimas palabras fueron asegurar con los ojos clavados en el cielo y el semblante radiante de alegría que veía abrirse la azulada cortina del firmamento, y tras ella la gloria, desde donde sus hijos la tendían los brazos para recibirla.